

tos y para con la Iglesia; pero como los grandes fueron los que poco antes le habian elegido rey, á ellos les tocaba admitirle de nuevo como tal, despues de su reintegracion, si lo juzgaban á propósito para gobernarlos en adelante.

Enfurecido Enrique, pero sin olvidarse jamás de la simulacion, quiso apoderarse del Papa y de la condesa Matilde, y á este efecto hizo que se les propusiese una conferencia. Pero le conocian demasiado bien para caer en este lazo. Advertida oportunamente la princesa, se retiró con el Pontífice á los desfiladeros de las montañas. Desde esta época no volvió á ver Enrique á San Gregorio ni á Matilde, la cual tuvo al Papa en su casa por espacio de tres meses; y para consolarle, con su abnegacion, de la rebelion de tantos hijos desnaturalizados, hizo donacion de todos sus Estados á la Iglesia romana, reservándose el usufructo durante su vida. De este modo adquirió la Santa Sede un derecho á la Toscana y Lombardía, derecho legítimo, pero que apenas fué para la Santa Sede mas que un manantial de calamidades (1). Esta donacion aumentó el amor de los romanos al Papa San Gregorio, el cual fué recibido con una alegría extraordinaria cuando, contra lo que habia resuelto, volvió á entrar en Roma por el mes de setiembre sin haber estado en Alemania. Pero envió legados con la comision de que representasen su persona en Forcheim, y manifestasen á los señores alemanes lo que acababa de suceder, y les dijese que no habiéndole dejado Enrique hacer el viaje cuidasen de conservar el mejor orden posible en los asuntos, pero sin determinar ninguna cosa definitivamente hasta que pudiese vencer los obstáculos que le impedian pasar á donde ellos estaban.

Reunidos ya todos los grandes, y hecha

(1) Chron. Cassin. lib. 3, cap. 49.

una larga enumeracion de los daños que les habia causado Enrique, y de los que debian temer todavia de un príncipe incorregible y perjuro, respondieron á los legados que se esponia el reino á una desgracia irremediable si no se elegia un rey en aquella misma asamblea (1). Bernardo, abad de San Victor de Marsella, jefe de la legacion y célebre por su gran virtud, de acuerdo con su colega que era cardenal diácono, y se llamaba tambien Bernardo, dijo: «mucho mejor seria diferir la eleccion hasta la llegada del Papa si pudiésemos hacerlo sin peligro; pero vosotros teneis la autoridad en la mano, y conoceis mejor que nosotros el interés del imperio.» La prudencia impedía á los legados declararse mas abiertamente en un negocio tan grave y que al fin y al cabo interesaba especialmente á la asamblea; pero los señores alemanes, impedidos por la perfidia de Enrique y por la consideracion del peligro á que los esponia el aplazar su decision, eligieron inmediatamente por rey á Rodolfo, duque de Suavia y cuñado de su predecesor. Doce dias despues, el 27 de marzo de 1077, dispusieron que le consagrasen los arzobispos de Maguncia y de Magdeburgo con sus sufragáneos en presencia de los legados. El duque se opuso con todas sus fuerzas á la eleccion y pidió por lo menos una hora para deliberar, pero no pudo conseguir que se le concediesen, antes bien se apresuraron todos á prestarle el juramento de fidelidad. Pero él no quiso jamás asegurar la sucesion á su hijo, y declaró formalmente, que despues de su muerte elegirian los señores al que juzgasen mas digno del trono. Inmediatamente despues de su eleccion envió una embajada al Papa para darle parte de ella y prometerle obediencia.

Parece que los legados, al temer las con-

(1) Vit. S. Greg. VII, c. 10.

secuencias de esta determinacion precipitada, habian presentado bien las disposiciones reales del Papa San Gregorio, pues lejos de aplaudir este Pontífice la eleccion de Rodolfo, declaró en una carta dirigida á todos los fieles (1), que no habia precedido orden ni consejo suyo para que ese príncipe fuese elevado á la dignidad Real. «Hemos determinado en un concilio, añadió, que si los arzobispos y obispos que le han consagrado no dan una razon suficiente de su conducta, serán depuestos de sus sillas, y Rodolfo del trono.» Por otras cartas dirigidas á sus legados y á los alemanes se vé que estaba muy distante de mirar como incontestable el derecho de Rodolfo. Quiere que queden suspensas las pretensiones de los dos competidores al trono, hasta que con el consejo del clero y de los grandes del reino pueda decidir á cual de los dos pertenece mas justamente la corona, y aun manda que se resista de todos modos al que no se sujete en este punto; que no se le permita gobernar el reino y que se le escomulgue con todos sus partidarios; y que al contrario se sostenga á aquel que obedezca, y se le confirme en la dignidad Real. Esta conducta que revela su prevision, la apoyaba en la autoridad de San Gregorio el Grande, pues pretendia que este Pontífice se atribuyó la potestad de depouer á los soberanos; pero no alega otra prueba positiva que el privilegio de que ya hemos hablado.

Los alemanes del partido de Rodolfo le representaron amargamente los gravísimos males á que su conducta les esponia; y añadian que no por consejo de ellos ni por sus intereses, sino por las injurias hechas á la Santa Sede habia excomulgado á Enrique, y prohibido con penas terribles que se le reconociese por rey en lo sucesivo (2): que

(1) Lib. 9, Epist. 28.

(2) Hist. Bell. Sax. pag. 140.

por obedecer á sus órdenes habian procedido á nombrar sucesor despues de las mas maduras deliberaciones, despues de un año de anarquía, despues de haber sufrido todos los horrores de la violencia tiránica y de las guerras civiles, la pérdida de sus bienes, la proscripcion de sus parientes, homicidios sin número, robos, incendios, la disipacion de los bienes eclesiásticos y de las posesiones de los reyes, y la abolicion de las leyes divinas y humanas: que estos desastres no podian menos de aumentarse con su irresolucion y con su nueva conducta diametralmente opuesta á la que á ellos les habia precisado á seguir; y en fin, que hallándose espuestos al furor de los lobos por haber obedecido al pastor, no podian considerarse ya, si el pastor se volvia contra ellos, sino como blanco de todos los tiros de la perversidad.

Estas vivas y sentidas instancias no pudieron mover entonces al Papa San Gregorio á dar ningun paso mas contra Enrique, porque esperaba conciliar á los pretendientes y sus partidos si lograba ir á presidir su asamblea. Por desgracia, los cismáticos de Italia, acaudillados por el arzobispo de Ravena á quien no tardaremos en ver anti-papa, los concubinarios y los simoniacos, cuya insolencia y seguridad se aumentaba con la perfidia de Enrique, apenas permitian al Soberano Pontífice ocuparse esclusivamente en los asuntos de Alemania (1). Tomáronse las armas en todas las provincias por los dos competidores. Enrique, valiéndose de aquella habilidad y destreza que en ninguna ocasion manifestaba mejor que en los peligros estremados, logró oponer una barrera formidable delante del trono que se le disputaba. Se dieron tres batallas sangrientas entre los vasallos de una misma corona, y padecieron estos un sin número

(1) Hist. Bell. Sax. pag. 140.



de calamidades. En la tercera que se dió en Flandenheim (Sajonia), á 27 de enero de 1080, fué derrotado Enrique por Rodulfo, y tuvo que escapar á uña de caballo. El vencedor envió al momento la noticia á Roma, á donde llegaron los embajadores cuando se estaba celebrando el Concilio ordinario de cuaresma. Este suceso parecia privar ya de la fuerza (en la que habia mucho tiempo habia consistir su único derecho) á un príncipe que rey por mera eleccion habia conculcado las promesas hechas á sus pueblos; con el cual en los tres años y mas que habian transcurrido desde que fué absuelto de la excomunion, no habia cesado el Papa de usar de miramientos y consideracion; que en vez de prestarse á los esfuerzos de los legados enviados á Alemania para restablecer en ella la paz, habia puesto obstáculos al desempeño de su mision; que lejos de cumplir la palabra dada por sus embajadores, destruia la Religion, no perdonaba ni lugares ni personas consagradas á Dios, y trataba como viles esclavos no solo á los sacerdotes, sino tambien á los obispos, los encarcelaba y aun á muchos les quitaba la vida: la humanidad y la Religion condenaban á este tirano cruel y sin fé, mientras que Rodulfo, cuya autoridad parecia desde aquel momento bien afirmada, no habia dado motivo á San Gregorio para sospechar de la sinceridad con que se habia sometido á la decision de la Santa Sede. En estas circunstancias, el Soberano Pontífice pronunció la condenacion definitiva de Enrique IV, rey de Germania (1).

Dirigiendo en ella la palabra á los santos Apóstoles, se explica en estos términos: «Bien sabeis que no he entrado yo por mi mismo en las órdenes sagradas; no he hecho mas de obedecer, y con temor, á los Papas Gregorio y Leon mis superiores; y despues

(1) Tom. 10 Concilior. pag. 338.

os he servido, cuanto he podido, en la iglesia que os está especialmente consagrada. A pesar mio y con el mayor dolor, vosotros fuisteis testigos de ello, á pesar de mi sentimiento y de mis lágrimas y sin tener en consideracion mi indignidad fui elevado á vuestra eminente Silla. Si hago esta declaracion, no es para decir que yo os he escogido, sino que vosotros mismos me habeis impuesto la carga tan grave del gobierno de vuestra iglesia; y porque vosotros me habeis hecho subir á esta montaña santa y me habeis mandado clamar y reprender al pueblo de Dios y á los hijos de la Iglesia sus prevaricaciones y sus crímenes, por eso los obreros de Satanás se han levantado contra mí y no han temido atentar contra mis dias. Los reyes de la tierra, los príncipes seculares y eclesiásticos, los cortesanos y la gente del pueblo, se han reunido contra el único Señor y contra vosotros que sois sus Cristos; ellos han dicho: *hagamos pedazos su yugo y arrojémosle lejos de nosotros*; y desde ese momento no han dejado piedra por mover para quitarme la vida ó desterrarme.

De este número es principalmente Enrique, que es llamado rey, hijo del emperador de este nombre. Despues de haber formado una conspiracion con muchos obispos de Alemania y de Italia, se levantó contra vuestra Iglesia y nada dejó por hacer para derribarme y ponerla bajo su yugo; empero su orgullo ha sido repelido por vuestra autoridad y abatido por vuestro poder; confuso entonces y humillado, vino á suplicarme le absolviere y le levantase la excomunion. Viéndole yo asi abatido y contando con las reiteradas promesas que muchas veces me hizo de mudar de conducta y de corregirse, le he vuelto la comunion de la Iglesia, pero no el trono de que habia sido depuesto en el sínodo romano. En cuanto á la fidelidad de que en el mismo concilio habia ab-

suelto y declarado libres á los que se la habian jurado, no he mandado que se le guardase. Y he obrado asi, ya porque debia yo pronunciar y fallar despues entre él y los obispos ó señores del otro lado de los montes que obedeciendo á vuestra Iglesia se habian declarado contra él, ya porque debia yo ajustar la paz entre ellos y él, con arreglo al juramento que el mismo Enrique habia hecho por dos obispos de observar y guardar sus condiciones.

»Pero los obispos y los señores ultramontanos, informados de que él no cumplia lo que me habia prometido, y desesperando de su correccion, eligieron por su rey y sin mi consejo (y os pongo por testigo de ello) al duque Rodulfo. Este me envió inmediatamente un correo anunciándome que habia aceptado á pesar suyo el gobierno del reino, y que estaba pronto á obedecerme en todo; y en efecto, desde ese dia, ha tenido siempre conmigo el mismo lenguaje y hasta ha llegado á ofrecerme en rehenes su propio hijo y el de su amigo el duque Bertoldo.

»Asi las cosas, comenzó Enrique á suplicarme le diese auxilio contra Rodulfo; le respondí que lo haria con mucho gusto, pero despues de haber oido á las dos partes, á fin de saber de qué parte estaba la razon y el mejor derecho. Pero Enrique, creyendo poder vencer con sus propias fuerzas, despreció mi respuesta. Pero cuando vió que no podia hacer lo que esperaba, envió á Roma los obispos de Verdun y de Osnabruck, quienes de su parte me pidieron le hiciese justicia, en lo cual consintieron tambien los diputados de Rodulfo. En fin, acordé en Concilio que se tendria una conferencia al otro lado de los montes, para tratar de la paz ó de conocer mejor de parte de quién estaba la justicia.

»Por mi parte, como bien sabeis vosotros, que sois mis padres y mis maestros,

no he tomado hasta hoy medida alguna para ayudar á ninguna de las dos partes, deseando pronunciar únicamente en favor de aquella que tuviese en su favor mayor derecho. Y persuadido de que seria la mala causa la que desechase la conferencia, al paso que la causa justa esperaria sin temor el juicio, sometí á la excomunion y al anatema á todas las personas, reyes, duques ú obispos, que por cualquier medio que fuese impidieren la celebracion de esta conferencia. Ahora bien: dicho Enrique no ha temido con sus fautores violar esta sentencia, lo cual en este caso le coloca en el número de los idólatras. Oponiéndose á esta conferencia, ha incurrido en la excomunion y en el anatema; es causa de la muerte de una multitud de cristianos, del saqueo de gran número de iglesias y de la casi completa desolacion del reino de Alemania.

»Por tanto, lleno de confianza en el juicio y en la misericordia de Dios y en la de María, su piadosísima Madre siempre Virgen, apoyándome en vuestra autoridad, someto á la excomunion y á los vínculos del anatema á dicho Enrique y á todos sus fautores; y de parte de Dios omnipotente y de la vuestra, prohibiéndole de nuevo el reino de Alemania y de Italia, le quito todo poder y dignidad Real; prohibo á todos los cristianos obedecerle como á rey, y absuelvo del juramento de fidelidad á todos los que se le hubieren prestado ó prestaren en adelante como soberano. ¡Que dicho Enrique no alcance en los combates fuerza ni victoria alguna! En cuanto á Rodulfo, á quien los teutones han elegido por su rey, deseando que gobierné y defienda su reino y que siempre os sea fiel, le concedo de vuestra parte y á todos los que le están fielmente adheridos, la absolucion de todos sus pecados y vuestra bendicion en esta vida y en la otra. Y como Enrique está justamente decaído del reino en castigo de su



orgullo, de su desobediencia y de sus perjurios, así el poder y la dignidad Reales son concedidas á Rodolfo, en consideracion á su humildad, á su sumision y á su fidelidad.

«Ahora pues, ó santos Apóstoles, haced comprender y conocerá todo el mundo que, si podeis atar y desatar en el cielo, tambien podeis en la tierra quitar ó dar los imperios, los reinos, los principados, los ducados, los marquesados, los condados y los bienes de todos los hombres segun sus méritos. Porque muchas veces habeis quitado á los indignos y dado á los buenos los patriarcados, los primados, los arzobispados y los obispados; pues si juzgais de las cosas espirituales, ¿qué no deberá creerse de vuestro poder sobre las cosas temporales? Y si juzgais á los ángeles que dominan sobre todos los príncipes soberbios, ¿qué no podreis sobre sus esclavos? Que entiendan pues ahora los reyes y todos los príncipes del siglo cuál es vuestra grandeza, cuál vuestro poder; que teman despreciar las órdenes de vuestra Iglesia, y que vuestra justicia se ejecute tan prontamente sobre Enrique, que todos sepan que no caerá por una casualidad, sino por vuestro poder. ¡Dios le confunda para traerle á penitencia, á fin de que su alma se salve en el día del Señor!» (1080).

Enrique, castigado por San Gregorio VII, llevó las cosas al último extremo. Luego que tuvo noticia de la sentencia de condenacion fulminada contra él, reunió diez y nueve obispos en Maguncia el mismo día de Pentecostés. Despues casi todos estos mismos preladados, reunidos á algunos otros, entre todos treinta, y muchos señores alemanes é italianos, obispos y señores cortesanos de Enrique á quien estaban unidos por su igualdad de crímenes, se reunieron precipitadamente en Brixen (Tirol), depusieron del pontificado á San Gregorio VII, y reconocieron en su

lugar á Guiberto de Ravena, que tomó el nombre de Clemente III. El decreto de su eleccion, dado á 25 de junio, está lleno de injurias atroces contra San Gregorio, á quien la *Crónica* de Verdun, escrita por Hugo de Flavigny y Gebebardo de Strasburgo, presenta sin embargo como amador y defensor de la justicia. Estos autores añaden que la eleccion de Guiberto, excomulgado ya muchas veces en el espacio de siete años y empedernido á fuerza de perjurios, era la elevacion de un Anticristo; que la deposicion de Gregorio, santo y legítimo Pontífice, era un atentado de indecible furor, un acto de locura incomparable, porque el Pontífice de la Iglesia romana, que es superior á todos, no puede ser excomulgado por los que deben estarle sumisos. El crimen de sus perseguidores se hizo bastante sensible en el desastroso fin de Teodorico de Verdun, de Pibon de Toul, y de Guillermo de Utrecht. Este último, dice Hugo de Flavigny, se halló solo en Maguncia para pronunciar contra San Gregorio; los demas, aunque adictos á Enrique, se fugaron la vispera, porque en este punto no se atrevieron á ir contra los cánones y los decretos de los PP. Dicho obispo Guillermo fué castigado por Dios con una plaga incurable, de tal modo que todos se llenaban de asombro y de horror al oírle gritar: ¡me abraso, me abraso! Apenas este desgraciado tuvo tiempo de reclinarse en su silla, invocando á María, pereció con tan horrible muerte. El autor añade que habia sabido esto por testigos oculares, y que este castigo terrible movió á Teodorico de Verdun á enviar al abad Rodolfo con otros diputados á pedir al Papa Gregorio la absolucion de las censuras en que habia incurrido comunicando con Enrique; y á fin de manifestar su arrepentimiento y sumision al Papa, envió por cartas á San Gregorio su estola y su anillo. Pero al paso que así se

condenaba á sí mismo, dice el historiador, sin embargo obedecía al rey, porque era su hora y la del poder de las tinieblas (1). Despues de la eleccion del Antipapa, acompañada de estas tan horribles circunstancias, Enrique volvió á tomar el camino de Sajonia y Guiberto marchó á Italia, revestido con las insignias de la dignidad pontificia.

El rey fué atacado á la orilla del rio de Elster, cerca de Mersburgo, quedó derrotado su ejército, y se apoderaron de su bagage las tropas de Rodolfo, las cuales adquirieron grandes riquezas; pero cuando estaban ya cantando cánticos de acciones de gracias en el campo de batalla, recibió Rodolfo una herida mortal en el vientre, con lo que se acabó su alegría y todos los frutos de su victoria. Habiendo sacado tambien este príncipe cortada la mano derecha, se miró este golpe como un castigo que Dios le enviaba por haber violado el juramento hecho á su soberano. Pero mas adelante se verá que el fin de Enrique, justamente separado de la Iglesia, y en un consecuencia privado de su corona, pareció mucho mas humillante é indigno del rango que habia tenido. Rodolfo fué muy llorado, especialmente de los pobres, que en él perdieron un padre. Los sajones hicieron inmensas limosnas en descanso de su alma, y le enterraron magníficamente en Mersburgo.

Cuando supo San Gregorio el atentado de Guiberto, dió á entender que miraba con el mayor desprecio á una faccion desesperada que se desacreditaba con sus propios excesos. Anunció á los pueblos su próxima ruina, y representó esta conspiracion insensata como materia de un triunfo mas glorioso para la Iglesia y como medio para conseguir una correccion mas ejemplar de los abusos. Fijó un término preciso, en el

(1) Labb. t. 10, p. 386 y sig.

cual prometió ir con mano armada á castigar á los impíos en sus atrincheramientos, y libertar de su furor á la Iglesia de Ravena. Pero luego que llegó la noticia de la muerte del rey Rodolfo, quedaron consternados todos los romanos, y le comunicaron parte de sus temores. La estrecha union que contrajo inmediatamente con Roberto Guiscardo y con los normandos de Italia, despues de haberlos excomulgado tantas veces, no bastó para tranquilizarle. Roberto, á quien dió la investidura con la obligacion de pagarle anualmente doce dineros por cada yugada, se obligó sin embargo á defenderle con todo su poder que era muy respetable en Italia, pues se extendia á los ducados de la Pulla, Calabria y Sicilia. Pero por otra parte las tropas de la condesa Matilde habian sido derrotadas en Lombardia el mismo día en que murió el rey Rodolfo; de modo que Enrique hallaba desembarazado el camino de Roma, y tenia á su favor á todos los lombardos, y pocos obstáculos que temer por parte de los alemanes, los cuales estaban en la mayor consternacion. Hasta vasallos de Matilde se rebelaban contra ella, y trataban abiertamente de locura su adhesion al Papa; tanto que esta princesa casi se vió reducida á la dura alternativa de abandonar á San Gregorio ó de perder sus Estados.

En estas críticas circunstancias, la mayor parte de los servidores del Papa le exhortaron á que se reconciliase con el rey y Enrique. Como, atendida la vacante del trono por muerte del rey Rodolfo, podia hacer cambiar las disposiciones de este príncipe la esperanza de recobrar la corona por medio de la paz que hiciese con el Papa, San Gregorio escribió á Altmano, obispo de Passau y su legado en Alemania, que advirtiese á los que manifestaban mas ardor por la libertad de la Iglesia que no se dejasen ganar por el favor ó dominar por el